

grandes novelistas

PÄR LAGERKVIST

LA SIBILA

La protagonista de *La sibila* es nada menos que una anciana retirada del oficio de pitonisa del oráculo de Delfos, quien vive en una hendidura de una montaña junto a un hijo idiota. El encuentro entre esta mujer y un extranjero desviado de los caminos usuales pone en funcionamiento un diálogo en el que ambos, protegidos por el anonimato, intercambian entre sí las experiencias centrales de su vida. En el caso de la sibila: la larga explicación de la falta que la llevó a ser expulsada por los sacerdotes de Delfos y desterrada. En el caso del hombre: la anécdota de un intercambio de palabras con el mismísimo Jesucristo, a poco de ser crucificado.

La sibila aparece como un libro radicalmente formulado para hablar del amor, sobre el acto de amar, de forma cruda, desligado de la religión, incluso de la idea de bondad y hasta desligado de lo que sería el mismo objeto del amor.

En la falda de la montaña, sobre Delfos, había una casita habitada por una vieja con un hijo idiota. La casa consistía en una sola pieza, y uno de sus muros, siempre húmedo, era la montaña misma. En realidad, sólo era un miserable albergue que alguna vez construyeron allá arriba los pastores. Se la veía completamente sola en medio de la montaña salvaje, colgada encima de la población y del área del templo sagrado. La mujer abandonaba rara vez la casa; el hijo nunca. Éste solía permanecer sentado en la penumbra interior del habitáculo, como siempre lo había hecho; era de edad que mediana, y el hirsuto pelo comenzaba a encanecer. Pero su cara seguía intacta, como siempre lo había sido, como la de un imberbe, velluda y pueril, sin ningún rasgo definido salvo una extraña y perpetua sonrisa. El rostro de la anciana era rudo y surcado de arrugas, de piel morena como quemada por el fuego, y sus ojos tenían la mirada que un día había visto a dios.

Vivían completamente para sí mismos; nadie los visitaba ni tenía nada que hacer con ellos. Para nutrirse no tenían más que las hierbas y las raíces que arrancaban en la montaña y la leche que les proporcionaban un par de cabras. Nada les llegaba de los demás seres humanos porque nadie quería tener contacto con ellos.

La entrada de la choza se abría sobre el valle, y a su sombra solía sentarse la anciana a contemplar el mundo que hacía mucho había dejado. Nada obstruía su mirada, todo se abría a sus pies: la ciudad donde las gentes iban y venían entre sus casas, ocupadas en sus quehaceres, el camino sagrado por donde los peregrinos avanzaban ceremoniosamente hacia el templo, y los sacrificios que se realiza-

ban en el altar ante la casa de dios. Todo le era bien conocido. Y a veces, por las mañanas, muy temprano, sucedía algo allá abajo que le era aun más conocido que lo demás. El templo hallábase aún desierto. Sólo se veía un muchacho que hacía la limpieza de la entrada y la adornaba con frescas hojas de laurel traídas del bosque sagrado. El sol acababa de mostrarse en la cumbre da la montaña, por el este, y una luz nueva llenaba todo el valle. Y entonces, seguida de dos sacerdotes, una mujer joven avanzaba lentamente por el camino sagrado. Se había bañado en las fuentes que surgen en las gargantas de la montaña; su expresión era de recogimiento, y sus ojos se alzaban hacia el santuario al cual se acercaba. Estaba vestida de novia, de novia de dios. El muchacho que se hallaba en la entrada del templo iba hacia ella con un ánfora de agua lustral y la rociaba; y así purificada penetraba en la residencia de dios para ser poseída por su omnipotente espíritu. Así acontecía ahora, y así había sido siempre, desde un tiempo inmemorial. Desde la entrada de su choza miraba aquello la anciana con sus viejos ojos.

Detrás de ella, en la semioscuridad del refugio, su encanecido hijo sonreía con su velluda cara infantil.

Una tarde, poco antes de la caída del sol, se vio que un hombre subía el sendero que lo alejaba de Delfos. No era eso muy extraño, pues a veces algunos pastores pasaban por allí en busca del ganado que pastaba en la montaña. El sendero se tendía a unos cuantos tiros de piedra de la choza. Pero esta vez sucedió algo que sorprendió mucho a la anciana. El hombre se apartaba del sendero y ascendía la abrupta pendiente por donde no existía ninguna senda. Nunca antes había sucedido nada semejante, hasta ahora nadie se había apartado del sendero para dirigirse hacia allí. ¿Quién podía hacerlo ahora? El terreno era demasiado pedregoso y al hombre le era difícil avanzar. Quizás no estaba acostumbrado a estos lugares. La anciana lo seguía desde su guarida con sus gastados ojos.

A medida que se aproximaba comenzó a distinguir su rostro. No lo conocía. Pero es que no conocía a nadie, a ningún ser humano actualmente en vida. Era un hombre grande, con una recia barba oscura, descuidada, distinta a como la usaban los demás hombres en el país. Las mejillas eran pálidas, completamente descoloridas no obstante el esfuerzo que le exigía el ascenso. Era un hombre en lo mejor de sus años, acercándose quizás a la edad mediana.

La saludó al acercarse, pero no como era aquí la costumbre. Y cuando se hubo sentado en el banco de piedra que estaba fuera de la casa comenzó a hablar pausadamente y con cierta dificultad para encontrar las palabras. Inmediatamente advirtió la anciana que era un extranjero, probablemente un hombre de remotas tierras. Lo descubrió también en algo que observó en su mirada, melancólica y gastada a pesar de su propia juventud. Pero tal vez fuera ello efecto de sus propios ojos y no de los del forastero.

Refirió que había venido a Delfos para consultar al oráculo sobre algo que era para él muy importante. Pero había sido rechazado sin poder cumplir su propósito; no le permitieron entrar en el lugar donde se reunían cuantos iban a formular sus preguntas.

Ninguna respuesta existía para lo que él deseaba saber, le dijeron. No había en el mundo oráculo que pudiera responderle.

Salió del templo, entristecido, y todo el día anduvo al azar por la ciudad, sin saber qué hacer; y muchas veces pensó alejarse de Delfos, donde no podía esperar nada como no fuera continuar su camino hacia cualquier parte. Pero entonces se puso a conversar con un viejo ciego que encontró en una callejuela sucia del barrio más pobre de la ciudad. Era un mendigo muy anciano que en una esquina extendía su mano temblorosa en la esperanza de que alguien depositara en ella cualquier cosa. Parecía evidente que en esa callejuela todos eran igualmente pobres, pero él decía que antes había mendigado en el templo, y por el

camino sagrado, pero que ahora carecía de fuerzas para llegar hasta allí.

Entonces, cuando empezamos a hablar, le conté cuál era mi preocupación, y la inutilidad del largo viaje que había hecho hasta Delfos, y de lo atormentado que estaba porque el oráculo no podía ofrecerme ninguna respuesta. Me escuchó, me comprendió perfectamente y compadecióse de mí, aun cuando le pareció muy raro que el oráculo de Delfos no pudiera contestarme.

—Entonces tienes que haber venido con preguntas muy difíciles —me dijo, mas luego de meditar un rato, continuó—: Tal vez haya quien pueda ayudarte. Alguien capaz de contestar todo cuanto un hombre puede preguntarle.

Y me dijo que en lo alto de la montaña vivía una anciana sacerdotisa, una pitonisa viejísima, maldita y odiada por todos porque había faltado contra dios. Estaba en falta con el templo, y con dios, y con todas las cosas sagradas, pero era una sibila incomparable y poderosa; y ninguna sacerdotisa de Delfos había sido tan grande ni tan amada y poseída por dios como ella. Tenía una seguridad absoluta en sus presagios y nadie pudo sostener su mirada mientras estaba en contacto con su dios. Se decía que el mismo aliento de dios embellecía su boca y que sus palabras fueron como llamas de fuego, pues tanto era lo que dios la amaba. Tanto, que se negaba a expresarse por intermedio de nadie que no fuera ella, y así fue por muchos años.

Pero luego había pecado contra dios y contra los hombres, condenándose a sí misma. Fue expulsada de la ciudad, perseguida a palos y pedradas por la multitud enfurecida, y maldita por los hombres y por dios mismo puesto que le había faltado.

—Eso sucedió en mi niñez —dijo el viejo—, mas aun cuando nadie habla ya de ella, ni la nombra, debe de vivir todavía en la alta soledad de la montaña. Y no dudo de que ha de ser así porque quien como ella ha tenido semejante contacto con la divinidad debe conservar muchos po-

deres y tiene que serle muy difícil morir. El dios que ha habitado en ella una vez no puede abandonarla, aunque sólo sea para mantener su maldición. Búscala en la montaña y obtendrás respuesta a tus preguntas, aunque ello tal vez te cause espanto.

Y con su mano temblorosa me indicó esta dirección, y, aunque era ciego, me orientó bien.

Cuando terminó de hablar, el hombre permaneció inmóvil, tal como ella había estado durante todo su relato. Nada alteró sus facciones ni delató lo que podía estar pasando en ella. Pensativo contempló el hombre aquella cara oscura y arrugada, como si quisiera leer en ese libro antiguo cuya escritura, no obstante ser tan clara, era tan difícil de interpretar. Era como si esa escritura perteneciera a algún antiquísimo idioma que ya no se habla.

La anciana continuó callada largo rato, como si estuviera ausente o recogida en sí misma.

—¿Qué le preguntaste al oráculo? —dijo finalmente, como despertando de sus propios pensamientos.

—Le pregunté cuál era mi destino —contestó el hombre.

—¿Tu destino?

—Sí, mi destino. Mi vida, qué será de ella. Qué es lo que me espera.

—Es lo que preguntan casi todos, es lo único que les preocupa. Pero ¿qué tiene de extraordinario tu destino? ¿Hay algo de particular en ello?

—Sí. Lo hay.

Y relató algo característico que le había acontecido. Un suceso que quedó tan grabado en su memoria que creía que nunca podría recordar otra cosa; algo que nunca dejaba en paz a su alma y por cuya razón llegó hasta Delfos, y finalmente hasta aquí, donde ella estaba, buscando una explicación y un poco de paz.

—Yo vivía feliz, con mi joven esposa y mi hijito —comenzó diciendo— en la ciudad donde nací y que nunca

imaginé abandonar. Tenía allí mi renta y una casa que heredé de mi padre. No era rico, pero tenía un buen pasar; mi existencia era tranquila y llevaba una vida sin preocupaciones; todo parecía salirme bien.

“Un día, estando yo delante de mi puerta, vi un desconocido que se arrastraba ante ella con su cruz. El hecho no tenía nada de extraordinario, nada que no fuera habitual. Era frecuente que por nuestra calle pasara un grupo de soldados conduciendo a alguien que debía ser crucificado; ése era precisamente el camino del patíbulo. Tampoco me pareció que había nada especial en aquel hombre. Estaba pálido y cansado; parecía exhausto. Por eso se detuvo un rato y se apoyó contra la pared de mi casa, cerca de donde yo estaba. Eso no me agradó, pues pensé que podía traer desgracia a la casa el hecho de que un condenado a muerte, un desdichado, se apoyara en ella. De modo que le dije que siguiera su camino, que no quería que permaneciera ahí.

“Entonces se volvió hacia mí, y cuando vi su rostro comprendí que no era un hombre como todos, que había algo realmente singular en él. Pero no hubiera podido decir qué era lo que me hacía pensar así. Su expresión no traducía de ninguna manera la cólera, era más bien dulce y abandonada, pero no sin firmeza, y con tono en cierto modo aterrizado^ que nunca olvidaré, me dijo:

“ —Porque no puedo reclinar la cabeza contra tu casa, maldita será tu alma para siempre.

“Quedé sorprendido y mal impresionado; me pareció que aquello era en cierto modo horrible. Los soldados lanzaron una carcajada, y como tampoco querían que se detuviera, lo obligaron a seguir. Pero antes de continuar volvióse nuevamente hacia mí y con tono amenazador me dijo:

“ —Por haberme negado esto sufrirás un castigo mayor que el mío: no morirás jamás. Errarás en este mundo por toda la eternidad, y nunca encontrarás la paz.

“Y, acomodándose la cruz, se arrastró otra vez a lo largo de la calle hasta desaparecer un poco más allá de la puerta de la ciudad.

“Quedé desconcertado, con una rara sensación -interior. Era como si me hubiera sucedido algo, algo cuyo significado era incapaz de comprender. No encontraba explicación, ni para mí ni para los demás, pero fue así. Algunos vecinos, que escucharon lo que el hombre había dicho y advirtieron la impresión que me causara, me dijeron que no debía preocuparme por lo que decía un individuo semejante, un delincuente que iba a ser crucificado, que yo sabía demasiado bien que frecuentemente esa gente, enfurecida porque iba a ser ejecutada, acostumbraba proferir las amenazas y las maldiciones más terribles; bien se sabe que dicen lo que se les ocurre y no hay por qué inquietarse.

“Comprendí que tenían razón, y me tranquilizó el hecho de que lo tomaran así, que se burlaran un poco de mí y se limitaran a alzar los hombros. Es lo que hice yo también cuando volvimos a hablar del caso; y me dirigí a mis ocupaciones sin pensar más en el asunto.

“Pero en realidad no podía olvidarlo. El recuerdo de lo acaecido volvía a hacerse presente por más que trataba de evitarlo. Pasó el día, había hecho mi trabajo, y todo era como de costumbre. Al menos, eso era lo que pensaba. Pero las palabras que había pronunciado estaban en mí, y de vez en cuando eran repetidas dentro de mí. ¿Por quién? ¿Por mí mismo? No sé, pero las oía, las oía con toda nitidez. No podía comprender por qué tenía que recordarlas; sabía que no significaban nada, absolutamente nada, que sólo eran las palabras que había dicho un delincuente, completamente desconocido, porque no había podido reclinar la cabeza contra el muro de mi casa. Eso era todo, y era una tontera preocuparse por ellas. ¿Por qué, entonces, me preocupaba?

“A1 día siguiente me creí liberado de esa preocupación. Pero cuando me desperté tuve como la intuición de que al-

go me había sucedido, y mientras me hallaba aún semidormido aquellas palabras volvieron a repetirse, lentamente, en mi interior, en voz baja, como si fuera un susurro que me recordaba la sentencia que se había pronunciado para mí. ¿Por quién?

“Cuando me levanté, volví a sentirme yo mismo y fui a mi trabajo, como de costumbre. Pero no encontraba ningún placer en ello, no obstante el entusiasmo y la alegría que habitualmente me proporcionaba. Al cabo de un rato me sentí tan intranquilo que no pude continuar allí sentado, trabajando, y me puse a dar vueltas, sin hacer nada ni poder interesarme en nada. Eso no era en mí lo habitual. Y así fue, día tras día; estaba en cierto modo transformado, no me reconocía a mí mismo.

“No sé cuánto tiempo pasó antes de que llegara hasta mí ese curioso rumor de que aquel hombre que pasó por nuestra calle para ser crucificado pudo haber sido el Hijo de Dios. Era algo que no se decía abiertamente, pero que se murmuraba entre las gentes del pueblo que hacían sus comentarios en secreto. Los que realmente debían poseer la explicación del caso, quienes creían en él, se mantenían ocultos, aún no se atrevían a ofrecer su testimonio. No eran muchos, por supuesto que la mayoría de la población no creía nada de eso, decían que se trataba de una ocurrencia ingenua, y los que lo habían ejecutado sostenían que eso era una blasfemia contra dios.

“El hijo de dios... es evidente que no puede ser, me decía a mí mismo. Era mentira. Completamente absurdo. ¿Hijo de dios?... Y les atribuí muy poca fe al rumor y a la forma como se había producido y difundido. Era cosa de los que creían, de los que se escondían. Ellos afirmaban que había acontecido un milagro, que todo lo confirmaba y, por consiguiente, creían en ese milagro, y, por su parte, sabían que era el hijo de dios. Para ellos se trataba, naturalmente, del más imponente y grande de los milagros. Claro que se tra-

taba de gentes sin importancia y no debía tomarse en serio lo que decían.

“Poco hablaba yo del asunto con los vecinos. Les preguntaba cuál era su opinión, y si se acordaban de aquel delincuente que pasó por allí, arrastrándose con la cruz, y si creían que podía ser el hijo de dios. Ellos también habían oído hablar del rumor circulante, pero lo consideraban como una horrorosa tontería.

“Pero hay muchos que lo creen, les decía, pero se alzaban de hombros y, como explicación, aludían a la estupidez de las gentes.

“ —¿Todavía estás rumiando lo que te dijo? —me preguntó uno, soltando la carcajada.

“ —¡Oh, de ningún modo! —le respondí con otra carcajada—. ¿Estás loco para pensar que puedo preocuparme por eso?

“Pero ¿era así? ¿Que no me preocupara realmente por eso? Era fácil decirlo, pero ¿por qué me sentía tan cambiado, tan decaído y atribulado, y por qué me parecía que todo había perdido su sentido? ¿Por qué sucedía esto? ¿Por qué todo se me presentaba en cierto modo vacío y abandonado, dentro y fuera de mí? Era algo que nunca antes había sentido. ¿Qué significaba esa metamorfosis? ¿Por qué sentía así las cosas?

“Me acuerdo de un día que me alejé un poco de las puertas de la ciudad, adentrándome en el fértil paisaje que me era tan conocido, con sus viñedos, sus trigales y olivares y sus higueras. Quedé asombrado de encontrarlo gris y desolado como jamás lo había visto. Era mediodía, pero se hubiera dicho que era la caída de la tarde y me sentí curiosamente oprimido al contemplar la gris soledad de aquel paisaje. ¿Qué quería decir eso? ¿Qué pasaba conmigo?

“¿Era ése mi mundo, el mundo en que habría de vivir?

“Y recuerdo con qué pesados pasos regresé a la ciudad y volví a mi hogar.

“Nada le había dicho aún a mi mujer sobre mi situación; no me atrevía. Pero ella tenía que haberlo notado. ¿O quizá no? Por fin no pude ya guardar todo eso para mí solo. Entré, pues, en la habitación donde acostumbraba pasar el día, decidido a decírselo todo.

“La encontré acostada en el suelo, sobre una estera de paja, jugando con su hijo, de modo que les interrumpí el juego. Le expliqué como pude lo que me sucedía, y mi creencia de haber sido alcanzado por una maldición.

“Desde donde tendida de espaldas jugaba con el niño se rió de mí a carcajadas. Su risa, tan joven y hermosa, se levantó en el aire.

“ —Así debe ser —me dijo—, pues hace tanto que no me besas.

“Traté de sonreír, y me quedé contemplando esos seres para mí tan hermosos y amados; pero algo como una ceniza los cubría, exactamente como pasaba con todo lo que yo miraba.

“Y me sentí como un extraño, como alguien ajeno a ellos, que no debía inmiscuirme en sus vidas. Al alejarme de la habitación les oí continuar su juego.

“Eran como yo había sido. Hasta entonces, cada día me había proporcionado el placer de vivir, el placer de existir. Porque esta vida me era muy amada.

“¿Cada día...? ¡Qué raro! Él dijo que yo viviría siempre, que no moriría jamás. ¡Qué raro! ¿De qué tenía que quejarme? ¿No fue acaso mi máximo deseo el de no tener que morir, no morir nunca? ¿Por qué, entonces, no me alegraba? ¿Por qué no me sentía satisfecho?

“‘Por toda la eternidad... Y no morirás jamás...’.

“Nunca había pensado realmente en eso, pero ahora era como si empezara a imaginarme qué era la eternidad. Que ella podía disponer de mi vida. Que en ella consistía mi propia condena, mi propia maldición; que en ella podía consistir la desesperación de mi alma.

“Eternidad... Nada tiene que hacer con la vida, pensé; es lo contrario de toda vida, algo ilimitado, infinito, el reino de la muerte que los vivos tienen que mirar con horror. ¿Y era en él que debía yo vivir? ‘Por toda la eternidad...’. Ése era mi mortal castigo, el más amargo que pudiera imaginarse.

—Ese dios me ha arrancado toda la alegría de la vida —murmuré para mí mismo.

“Por primera vez vislumbré la existencia que me esperaba; por primera vez percibí su carencia de sentido. Y por primera vez creí realmente en el poder de la maldición que había caído sobre mí, y en la posibilidad de que ese dudoso dios realizara su intención, y en que en mi alma tuviera que cumplirse su amenaza.

“Sí, todo se cumplía. Mi transformación seguía operándose y estaba abandonado a ella, indefenso. ¿Con qué contaba yo? ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podría dominar e impedir lo que me sucedía? No tenía ningún poder para ello, me hallaba completamente desamparado. Porque yo mismo era esa alma maldita a la que deseaba ayudar, yo mismo era esa transformación que se producía dentro de mí y que me poseía en su condenación.

“Entonces, en mi desesperación, hice un día algo que sólo había de aumentar mi desgracia. Era mediodía y estaba tendido en la cama, torturado por mis pensamientos, por mi propio yo interior, por ese yo interior que ya no me pertenecía. Súbitamente enfurecido, me rebelé contra mi destino y contra el dios implacable que tenía la culpa de todo. ¿Por qué había de resignarme a una suerte semejante? ¡A esta locura! Por qué no habría de rebelarme contra esa fuerza que me dominaba gritándole: ¡No quiero! ¡No quiero! ¡Quiero vivir! ¡Quiero vivir exactamente como los demás, como he vivido hasta ahora! ¡Quiero vivir como todos! ¡Quiero vivir!

“Y cuando dije eso —y lo dije en voz alta aunque para mí mismo— fue como si la maldición cayera como un pesa-

do vestido; me sentí aliviado, liberado como nunca durante todo ese tiempo. Y me levanté, y fui a la habitación donde estaban mi mujer y el niño. Un rato estuve contemplando su bullicioso juego y luego fui hacia ella, la tomé dulcemente, la aparté del niño, y la besé. Ella me rodeó con sus brazos cálidos y desnudos y nos dirigimos a mi cuarto, y allí, una vez que nos quitamos las ropas, se acostó en la cama, sonriendo cariñosamente, en esa misma cama donde hacía un instante yo había estado torturándome; y se me ofreció como antes, como cuando acostumbrábamos amarnos. Y pensé que había vencido y que volvía a ser feliz.

“Pero yo no podía hacer nada. Sentía cuán excitante estaba, comprendía que nada podía haber tan excitante como ella; y además hacía ya tanto tiempo; pero no obtenía ningún placer. Su calor aflucía hacia mí, pero sólo ella estaba excitada, pues yo seguía frío y sudoroso y no podía hacer nada. Su aliento me quemaba el rostro, pero yo me hallaba completamente incapacitado.

“Finalmente, rompí a llorar. Me abandoné sobre su maravilloso cuerpo ardiente, llorando.

“Ella me acarició el pelo y las mejillas. Me tomó luego la cabeza entre las manos y me miró, me miró observándome, analizando mi expresión como desde mucho tiempo no lo hacía.

“—¡Cómo han envejecido tus ojos!— me dijo.

“Entonces mi desgracia fue completa. Fue como si me hubieran arrojado a un oscuro pozo sin fondo. De modo, pues, que esto también me estaba vedado. ¿No era esto extraño? Era la peor de todas las desdichas. Tampoco esto me estaba permitido y no podría lograrlo más, nunca más, yo, el maldito.

“Después, empezó a hacerse visible mi transformación. O por lo menos yo me lo imaginaba. Me pareció que las gentes trataban de evitarme, y cuando se veían obligadas a conversar conmigo y encontraban mis ojos me miraban en una forma rara. En la calle los vecinos se cruzaban conmigo

en silencio. Era como si finalmente hubieran comprendido que algo me sucedía, y suponían que eso tenía algo que ver con el hombre que pasó para ser crucificado y que no pudo reposar la frente sobre los muros de mi casa. De eso no hablaron nunca conmigo y me eludían, como he dicho, y era evidente que notaban mi cambio; y me observaban discretamente, y hacían comentarios en voz baja, y obraban así por compasión, aunque no dijeran; ¡cómo han envejecido tus ojos!

“Mi mujer se mostró cada vez más retraída, como si algo en mí la asustara. Indudablemente eran mis ojos los que hacían que así fuera. Recordaba también que le había dicho que pesaba sobre mí una maldición. No sé, porque nunca dijimos una palabra sobre lo que pasaba entre nosotros.

“Ya no quiere mirarlos más, me decía a mí mismo.

“Probablemente le repelía tanto como a mí la transformación que yo sufría. No sé, porque no nos hacíamos confidencias y ninguno sabía lo que el otro pensaba. Y nuestras miradas nunca volvieron a encontrarse desde aquella vez que he dicho.

“Por otra parte, nunca me preocupé sobre cuáles podían ser sus pensamientos. Era como un niño y, aunque no me hubiera dado cuenta antes, nuestras conversaciones no significaban un intercambio de ideas, sino una manera de divertirme con su charla infantil. Comprendí la inutilidad de hablar con ella de nada, y no lo hice más. Empezó a molestarte su simple presencia, el hecho de saber que estaba en alguna parte, cerca, y el escuchar de cuando en cuando su voz o su risa en algún lugar de la casa. Pero oírla reír no era ya tan frecuente. Pasaba la mayor parte del tiempo con el niño, jugando sin cesar, aunque no tan bulliciosamente como antes; apenas se les oía. Todo en la casa se hallaba, pues, muy cambiado.

“Estaba muy resentido con ella porque no había podido poseerla y tenía que vengarme de algún modo. Es lo que